

anhelo más bien, de asumirla. Pero el intento se desmorona ante lo rudimentario del instrumental novelesco con que se ha emprendido. Y *Cuerpo a Tierra* se nos convierte, con auténtica nostalgia, en otro fracaso español de escribir "la novela" sobre su Guerra.

Ricardo Benavides Lillo.



Naturaleza del ser, por Jorge Jobet

Durante veinte años, Jorge Jobet ha venido desarrollando su expresión poética y ha dejado su labor en revistas y periódicos dispersos. No hace un par de años dio formato a su primer libro. Ahora, corporiza su segundo poemario, *Naturaleza del ser*¹.

Hombre interesado en el pensar, gran parte de su modo de ser se encuentra en sus poemas. Además, consciente del lenguaje como instrumento estético, no ha querido apresurarse en expandir sus obras sin antes comprobar el desarrollo de germinación artístico. Cuando está en acto creador advierte las posibilidades de trabajar la expresión. Gusta evitar la imagen suelta y relumbrona. Gusta extraer sentidos inéditos al lenguaje español. A través de la poesía, del hecho creador, Jobet comprende y saborea el espectáculo del cosmos. Esta manera de captar y conocer el universo lo obliga a castigar su expresión cuando transporta a la realidad del verso mismo lo que en él ya se ha dado como evidencia. El proceso normal de su poética es la identificación con las cosas, es decir, aquello que enfrenta la conciencia suya pasa emotivamente a integrarse en él. La función que toma su poesía se hace doble: adquirir noción de los seres y pregonar la noción íntima de ellos. Supera aquí, en *Naturaleza del ser*, la etapa primera de la "maravillación" que reflejara en su libro anterior, *El descubridor maravillado* (1957).

La línea fundamental de *Naturaleza del ser* es el paso que el hombre da al conocer la esencia de los otros seres. Aquí se maneja constantemente el mundo natural que puebla el universo, tanto visto como soñado. Aquí se delata el solaz re-creador de Jorge Jobet. Aquí el poema

¹Jorge Jobet: *Naturaleza del ser*. Nascimento, Santiago, 1959

adquiere la máxima tensión comunicativa y esa identificación con las cosas que se señalaba recién es la que configura un poema casi frío. Predomina la búsqueda de una imagen pura, se elimina en lo posible el punto de comparación. Pero, como Jobet no estima la simple coyuntura de imágenes y metáforas, se ve forzado a castigar más aún su expresión y alcanza los dominios de un arte poético con soporte propio, en que las cosas adquieren valor de creación, en donde el mundo experimentado se convierte en mundo experimentador:

“En un sollozo de madera azul,
de tritón carcomido, de arboleda,
de tabique despierto, asido al mapa,
rodando el éter eficaz y solo,
prolonga el grito su tesura intacta.”

(*El sonido del grito*, pág. 95).

La estrofa es indicio seguro de la expresión de Jorge Jobet. El poeta maneja su peculiar sistema del universo. Le es capital presentar la instancia más inmediata del grito: un sollozo. Todo converge hacia él: la madera azul, el tritón carcomido (evocación fiel del trastorno del tiempo sobre la materia, pues aquí surge la imagen de una escultura obligada de los adornos de jardines, que en su origen proviene de la etapa más estimada: la etapa clásica de la Antigüedad griega), la arboleda y el tabique despierto. Sin embargo, el sollozo ya recargado de significación compleja no es más que la prolongación, una acción circunstancial, del grito. A continuación, el poema no parecerá sino que profundizara aquel primer sonido gutural y emotivo y las imágenes se sobreponen construyendo un mundo dispar, casi angustioso:

“Diverso y uno en los quebrados ojos,
y gestos hechos de canción y luna,
revienta el grito con sus picaflores.
Violento y simple, solitario, endeble,
cambia los rumbos de sus hijos tensos.”

(Pág. 95).

Está demasiado alerta la conciencia del escritor sobre los seres, los objetos todos y parece que nuestro universo se poblara de recelos, de inseguridades y de sombras. El análisis aparta una existencia confiada en alegrías. A pesar de ello, el poeta intentará siempre construir un mundo, sistematizar, sabiendo que el suelo es movedizo, que las bases tiemblan y ofrecen acechanzas: la naturaleza muestra hostilidad, la existencia circunda, merodea, el tiempo, y cae pronto al abismo, y los seres están constituidos por complejidad que se angustia. Un sentido eglógico, entonces, mueve sus versos y la primera "maravillación" que tuviera del mundo vuelve a expresarse como si el hombre no fuese sino un motivo de la naturaleza. Es decir, aquí inconscientemente advertimos una identificación. Los rasgos de una naturaleza propia de la Arcadia de los griegos están presentes: todo un culto pánico florece de los resentimientos y pesadumbres del mundo:

"Los que fuimos contruidos de emociones
en la artesa filial de las semillas,
un mundo con amor recrearemos
sobre el odio que crece en torbellinos.

"Viviremos ceñidos de trigales
y un carcaj en la espalda del espíritu,
afinando el laúd de los recuerdos
con la voz marginal de nuestros ríos."

(*El pasado auestas*, pág. 99).

Eso sí que siempre están presentes los elementos de la tierra natal o de las experiencias de la adolescencia: *Invierno en Temuco*, *Lago Villarrica*, *Volcán Llaima*, son algunos de los poemas en donde, como especie que no hace cuerpo con su género, Jobet compone una realidad directa. Las descripciones se hacen estáticas al máximo. El equilibrio logrado aturde por el recurso calificadorio:

"Titán en el vivir, torvo refugio,
faro de mar anclado, cosa impía,
el mundo aspira a la humareda indócil
del misterioso verbo de tu cima."

(*Volcán Llaima*, pág. 53).

El ritmo ceñido y la manera hímica del apóstrofe restan todo mérito al poema. En otras composiciones, flota la referencia constante a un mundo ideal, proveniente de los estudios de la Grecia y de su mitología.

No sólo entrechoca el poeta con los otros seres, a los cuales él intenta arrancar lo recóndito de la esencia de ellos, sino que se expresa la tormenta interior, aquella mirada hacia el interior de nuestra conciencia que viene a ser la piedra de toque de toda lírica. Aquí, toma sentido la otra línea fundamental del poemario: la angustia. Es el camino pesaroso, es el muro hostil que conforma la personalidad del hombre. Las palabras son siempre las mismas de la identificación con la naturaleza toda, pero en cada poema se revisten de sugerencias más intensas. Existe en *Naturaleza del ser* un poema en donde se elimina en parte esa lejanía emocional de los otros versos:

“En el tiempo, convertido en esclavo,
con sandalias de cuero penitente,
¡ah!, las almas golosas, sollozantes,
estoy solo, vencíendome, sin cuerpo.”

Así comienza *Insistencia del tiempo* (pág. 37). El sentimiento de asirse con medios propios da nuevo vigor al hombre ansioso de colmar su espíritu Y el transcurso vital del tiempo morigera los ímpetus y es propicio a una reflexión melancólica. Aquellos tintes sombríos, aquellos arrebatos calificatorios, van siendo rechazados. No obstante, el “trovar clus”, o la poesía hermética, la fruición intelectual del juego, la creación misma de la significación del vocablo inédito, serán los materiales distintivos de la poesía de Jorge Jobet:

“Si renazco en rescoldos peligrosos
que acentúen mis actos de bravura,
volveréis, verdes años, a pulirme
con la vara ancestral de vuestras lunas.”

(Verdes años, pág. 106).

Cuando el escritor logra sus momentos de mayor belleza, es en el desarrollo de los motivos de la naturaleza como el crepúsculo, y en los

cuadros descriptivos como los de la gaviota, la araña y la lagartija. Todo queda en esos cuartetos como un encuadre colorido y en relieve. Perspicaces se tornan las imágenes:

“Conocidas de cercas, recamadas,
chupan poros de sol las lagartijas.”

(Pág. 71).

Sobre los gusanos, y dentro de la descripción y significado de las *Arañas*, apunta:

“En la plaza felpuda de los lirios
se concentran, sinuosos, los gusanos.”

(Pág. 77).

Sobre las mismas arañas, dice:

“Tibias redes, brillantes, espumosas,
en desiertas hileras, sin compases,
modifican el roble, burda nota,
y se sienten rodar ladera abajo.”

(Pág. 78).

Cuando en un motivo acerca del mar y en donde se descubre el sentido de la soledad inmerso en lo inmenso del horizonte, se indica la muerte de la gaviota, Jobet enriquece su imaginería:

“Ayer murió en el mar una gaviota,
sin sentir en sus plumas la marea.
Saltó desde una nube desinflada
sobre un firme velamen en aprieto.

“Nadie vio su parábola de fuga
hasta el blando sepulcro del océano.
Ni un recuerdo de vértigo curioso
señaló su existencia frente al puerto.”

(*Un pájaro menos*, pág. 45).

Cuando los crepúsculos, en tópicos de la poesía vanguardista, semejan animales desbocados, se estabiliza la alegoría y se quiebran las menciones y sugerencias para provocar el indispensable dinamismo descriptivo:

“Son ramos amarillos, son quebrantos,
espesos de hechiceras y resuellos,
son deshonradas sinfonías yertas
concentrándose en cónclaves de perros.”

(*Crepúsculos metálicos*, pág. 27).

Jorge Jobet sobrepone a la realidad la imagen que tal vez sea la más real: la del ensueño, la ilusión y el sueño. Además, en el universo de su conciencia cabe la expresión del amor junto a la expresión del orgullo, cabe la expresión del dolor junto a la de la esperanza.

La complejidad del ser es la impureza de su esencia. De allí esa fusión espiritual del amor y esa destrucción inexplicable entre los hombres. En la poesía de Jobet se rastrean los ecos de las guerras y de los odios. Las preocupaciones de la existencia copan su reflexión interior y muestran la evolución de sus pasos: adolescencia hasta la madurez. En los últimos versos del poemario —*El pasado auestas, Inclinación a lo matemático* y en *Verdes años*—, se transparenta la autodefinición:

“Nos legaron los campos su grandeza
y su vuelo imperial las candelillas.
En la escuela social de los insectos
aprendimos a odiar las injusticias.

“Seguiremos los trances de la gente
sin querer humillarla con un triunfo.
Fuimos hechos de recta contextura
y usaremos las armas sin malicia.”

(Pág. 100).

Benjamín Rojas Piña.